

Las erratas de impresión

No vayan ustedes a creer, por lo que voy a contarles, que sea hoy mi propósito salir a criticar y a poner de manifiesto las erratas de impresión que pueda tener nuestro humilde boletín. Sé que esto estaría feo y sería, además, jugarle una mala treta al impresor, que sólo elogios merece por la meritoria labor que viene realizando al conseguir, con sencillos medios tipográficos, sacar a luz un periódico que, aunque modesto en contenido, es, en presentación, orgullo de los periódicos de la comarca.

Pero estas modestas hojas, como todo lo que de letra de molde se trata, no pueden estar exentas de tener, de vez en cuando, alguna que otra errata; porque no se ha inventado aun el medio de evitarlas de antemano. Seamos, pues, indulgentes con ellas. Ni las lujosas ediciones del inmortal Ibarra, estampadas en magnífico papel de hilo con ricas tintas de agalla, y hechas a mano por los más expertos cajistas, conseguían salir a luz libres de mácula. Y cuando en cierta ocasión un escritor se quejó al maestro porque al transcribirle los textos se cometían erratas, contestóle Ibarra que si no las quería que no publicase libros.

Y no es de las grandes erratas de las que hoy quiero hablar a ustedes, sino de las pequeñas, de las que apenas se notan; porque de las de bulto, de las que por sí solas se delatan, no es necesario hablar, pues ya el lector las localiza y las corrige mentalmente. Las que necesitan aclaración son esas nimias erratas que con pérfida ironía se camuflan en los textos, para producir confusión y duda al lector y dejar al que suscribe en el ridículo y la afrenta. Las erratas monstruosas son las que menos dañan. Lo excesivo es entonces insignificante. El verdadero daño lo hace la pequeña errata, esa que a veces no consiste sino en el simple cambio, supresión o añadidura de una letra, y que en ocasiones basta para desvirtuar o deformar un párrafo entero. Sonado es el caso aquel de Víctor Balaguer, que habiendo escrito en las cuartillas «*plumas de garcela*», diminutivo que quiso hacer de garza, en la letra de molde se leía «*plumas de gacela*». ¿Y cuál es entonces el lector que puede adivinar si fué un fallo del cajista o un desliz del escritor?

De estas pequeñas y dañinas erratas, el último número de VOZ tenía alguna. Y como, al igual que en el caso de las «*plumas de gacela*», al autor dejaban en situación embarazosa y de hecho comprometida, pido permiso al impresor para que me deje comentarlas a ustedes; pues que de hidalgos caballeros dicen que es salir a desfacer entuertos; y a ello salgo, aun cuando habré de hacerlo montado en el flaco rocín de mi pobre ingenio y esgrimiendo, por lanza, una enjuta y escuálida pluma.

Una de las víctimas de esos pequeños e inevitables fallos que el mes pasado tenía nuestro periódico, fué mi compañero de redacción y amigo queridísimo, Luis Garriga. Y yo sé bien, porque me lo mostró sonrojado de arriba abajo, el mal rato que le hizo pasar aquella intrusa letra que, deslizándose inadvertida de los dedos del cajista, cayó donde falta alguna hacía. Y fué una *h* la que, quizás para vengarse de la perpetua mudez a que la tenemos sometida, saltó del cajón al molde, en burlona ironía, para traicionarle. Y resultó así que en uno de los párrafos de la sentida necrología que dedicaba al que fué nuestro llorado Alcalde, don Alberto Matamala - magnífico escrito, de frase pulcra y sencilla como sólo mi admirado amigo Luis sabe decir - donde él había escrito «*a realizarse paulatinamente*», en el texto impreso salió «*ha realizarse paulatinamente*».

¿Te acuerdas, amigo Luis, de lo perplejo que me mostrastes aquella intrusa *h*, que cual gigantesca torre sin fundamentos encima se te venía?

Tal vez porque el escrito no era mío, no alcanzaba yo a comprender el sonrojo de mi amigo por una insignificante letra. Y viendo él, entonces, mi falta de comprensión, dióme a leer mi pobre artículo, que no escapó tampoco de la pequeña tragedia. ¡Cielos! entonces sí comprendí lo que puede una letra. Donde yo había puesto «*a orear pulmones*», eso es, a llenarlos del aire puro de la montaña, decía «*a crear pulmones*»; y luego, más adelante, —aquí ya no se trataba de una letra, sino de dos— donde había escrito «*la cueva de Roca Guinarda*», o sea, que yo me

refería a la guarida que fué de aquel famoso bandolero, la letra de molde decía «*la cueva Roca Guinarda*». Por arte, pues, de las endiabladas erratas, me ví convertido en creador de pulmones y bautizador de cuevas. Sí, amigo Luis, tenías razón; una letra tiene, a veces, insospechada importancia.

Reparados ya ahora aquellos involuntarios entuertos, sólo me resta suplicar al lector subsane en lo sucesivo las erratas que lamentablemente puedan surgir, o suspenda cualquier juicio ante el desconcierto de un giro extraño o un término absurdo; porque en vano intentará la imprenta y sus artífices vencer y eliminar las ironías de las erratas. Y si algo debe asombrarnos de nuestro periódico no es, precisamente, las erratas que pueda tener, sino el que tenga tan pocas; de imprenta me refiero, porque de pluma, líbreme Dios de las que en mis escritos encontrarán ustedes. En el banquillo me siento para que me acusen. Mas, cuando lo hagan, lo mismo si me juzgan a mi que al periódico entero: no olviden que sólo vocación y amor lo inspiran, que no afán de ganar dinero, ni tampoco laureles. Clemencia pido, pues. Y también ayuda, que mucha necesitamos para no desfallecer en el camino.

José Virgili Torrell

Con motivo de celebrar su onomástica en la próxima festividad de San José, felicitamos con filial estimación a nuestro amadísimo prelado Excmo. y Rvmo. Dr. D. José Cartañá Inglés y a nuestro Cura-Párroco Rdo. D. José Rodó Morral, Pbro.

Estampas de Marruecos

En el mes de agosto del ppdo. año la revista agropecuaria «El Cultivador Moderno» traía una pequeña nota con el título «Repoblación forestal en el Protectorado de Marruecos». En ella explicaba la creación de nuevos viveros de árboles en diferentes poblados de la zona, y, de los cuales, se sacan miles de pies para repoblar algunas comarcas a un ritmo de 75 hectáreas por año. También decía que «según los cálculos aproximados emitidos por los técnicos forestales podrán aprovecharse las dos terceras partes de la zona, es decir 1,200.000 hectáreas, lo que supone una riqueza maderera de extraordinaria importancia».

Desde luego, si pudiera plantarse de árboles este millón y pico de Ha. Marruecos se transformaría completamente, experimentando una enorme mejora y desaparecería esta sensación que se siente de desolación cuando con el coche se hacen quilómetros y más quilómetros por la carretera viendo los montes y montañas sin la enorme vegetación que hay en tantos sitios de España y que aquí podría ser igual si se tuviera interés en repoblar tal como decía aquella pequeña crónica; pero, por lo visto, al ritmo que van estas plantaciones se necesitarán años y más años para llevarla totalmente a cabo, pues es muy grande la extensión a plantar y pocas las hectáreas que se van repoblando cada año.

Dejando aparte esto que seguramente está en manos de organismos oficiales como son el Servicio de Montes y el Servicio Agronómico, hay una Compañía que se dedica a la plantación de acacias para el aprovechamiento de la piel como tinte y madera para fabricación. Esta Compañía ha recibido también en concesión del Gobierno, unas 5.000 hectáreas para la plantación de las acacias, lo cual va haciendo poco a poco cada año, teniendo en la actualidad más de dos mil hectáreas ya de plantadas en la comarca de Larache, desde la carretera que conduce a Alcazarquivir hacia la zona francesa, lo que es ya un gran mejoramiento para el Marruecos español.

La zona del Protectorado más rica en arbolado es la de Ketama, donde hay verdaderas cordilleras de bosques con diferentes variedades de árboles, pero predominando el pino y el nogal. En la zona de Larache también se ven algunos bosques de encinas, pero todos ellos son de inferior calidad en madera que los de España.

Vicente BAYARRI CREIXELL